

INDEPENDENCIA EN E

JUAN XXIII pidió que hubiera la más absoluta libertad de palabra en el Concilio; y Pablo VI repitió, claramente, que él entendía que era necesario permitir esta libertad a los Padres Conciliares para que expusieran en conciencia su pensamiento sobre los temas a discutir.

Es más, el Papa actual ha querido tener no sólo este respeto, sino que deseó, con su primera Encíclica, que quedase bien claro que él no quería con ninguno de sus actos prejuzgar lo que opinaría el Concilio ni coartar sus decisiones doctrinales.

En «Ecclesiam Suam» dice: «No es nuestra ambición decir cosas nuevas ni completas: para eso está el Concilio, y su obra no debe ser turbada por nuestra sencilla conversación epistolar, sino honrada y alentada por ella.»

Los que contaban con que Pablo —hombre de matices y «perros»— iba a cercenar la alegre libertad concedida por Roncalli, se han visto sorprendidos con el máximo respeto, recalado y aumentado por él.

Los Padres Conciliares, por deseo expreso del Papa actual, tienen, por tanto:

- 1.º La máxima libertad de palabra.
- 2.º Ellos son los que deben decir «cosas nuevas y completas» sobre la orientación cristiana de los problemas que plantea el mundo de hoy.
- 3.º Las ideas del Papa no deben entorpecer la labor del Concilio, como si fuesen barreras puestas al mismo, sino que deben servir de aliento para hablar con sinceridad.

Y, realmente, así ha ocurrido, para ejemplo aleccionador de los católicos que quieren ser más papistas que el Papa, como vulgarmente se dice.

Me acuerdo de una gran verdad que decía en el siglo pasado el gran cardenal inglés Juan Enrique Newman, en su lucha contra la cerrazón mental de muchos católicos de su tiempo, que querían no más comuniones, sino más excomuniones (hay quien ha escrito que había católicos de excomunión diaria). Esta verdad expuesta por el cardenal es bien sencilla: que en el medievo reinó una gran libertad intelectual en la Iglesia, mayor que la hubo en el pasado siglo y en éste, hasta que vino ese gran «abierto» que fue Juan XXIII. Dice el cardenal Newman: «¿Por qué fueron tan poderosas las escuelas (filosóficas y teológicas) en la Edad Media? Porque tenían las manos libres, porque los autores de las controversias no sentían el freno en la boca a cada palabra que pronunciaban.»

Es interesante lo que este agudo historiador de la Iglesia (que por eso fue un pensador tan realista) ha dicho acerca de este fenómeno de opresión intelectual que se creó entre los católicos, muchas veces, durante el último siglo.

¿Cuándo intervenía antiguamente la autoridad eclesiástica?: «Tan sólo a largo plazo si la disputa se hacía peligrosa, y si uno de los participantes en ella se hacía obstinado, entonces intervenía Roma.» El poder central de la Iglesia dejaba decir, discutir, defender y propagar las más diversas ideas entre católicos, y no se consideraba obligado a intervenir, sino con gran moderación y en el caso de que concurrieran tres circunstancias excepcionales que dan muestra de la gran prudencia de la Santa Sede romana en aquel tiempo:

- 1.º Cuando había pasado un largo plazo y no inmediatamente de producida la divergencia.
- 2.º Si, además, la disputa se hacía peligrosa, pues la mayoría de las veces los contendientes se mantenían en posturas razonables que era necesario respetar, por amor a la búsqueda paciente de la verdad.

3.º Y sólo en el caso de que, además de todo esto, uno de los contendientes perdiese el control de la razón dejándose llevar de una obstinación, que suponía un estado de ánimo cerrado y peligroso para con el respeto a la libertad de su contradictor.

Ciertamente no pediríamos actualmente más al Santo Oficio a pesar de haber cambiado hoy tanto la situación cultural de la Humanidad y de haberse desarrollado tanto el respeto a la persona humana y a sus derechos imprescriptibles de buscar la verdad sin coacción de ninguna clase, ni directa ni indirecta.

LA rutina no es tradición, ni lo que pasó en el siglo pasado única norma de pensamiento. Un santo bien celoso de su dignidad personal e intelectual, San Cipriano, dijo, en el siglo III: «La costumbre sin la verdad no es sino la vejez del error.»

Eso podían pensar quienes apresuradamente condenan a Teilhard de Chardin, S. J., cuando varios Padres Conciliares lo han alabado públicamente, dentro y fuera del aula del Concilio. Quiero ahora concretar mejor lo que insinué en mi anterior artículo, aclarando a mis lectores que cuando le propusieron a Juan XXIII poner en el Índice de Libros Prohibidos las obras de este autor, se negó rotundamente a ello, y por eso el Santo Oficio se limitó a afirmar que había en ellas algunas inexactitudes y errores, sin prohibir por eso su lectura. Antes de morir no se le dejó publicar ninguno de sus libros, y sólo después de muerto vieron la luz sus obras, con tácita aprobación de los dos Papas últimos.

Este jesuita, célebre paleontólogo, descubridor del sinantropo, y uno de los pensadores más originales y de amplísima visión que ha tenido el catolicismo, ha dado muchos insomnios a quienes, con su raquítica mirada, ven peligros en todas las esquinas, sin querer entender lo que dicen quienes nos asfixiamos entre sus estrechas concepciones, que ahuyentan a quien discurre con independencia, en vez de atraerle a la verdad católica. Una cosa parecida les ocurrió a los célebres premios Nobel Alexis Carrel y Lecomte du Noüy, quienes, católicos de creencias, no podían dejar de pensar su catolicismo de acuerdo con el siglo XX y no con el siglo XIII; pero siempre hay quienes, con sus categorías mentales escolásticas, quieren medir con estrecho rasero el pensamiento de los que discurren en la Iglesia, aunque no sean teólogos a la vieja usanza.

UN ejemplo bien luminoso, y que debía hacernos pensar a los católicos, han dado los Padres Conciliares en esta tercera sesión.

Ya sabemos que Pablo VI es el hombre preocupado por comprender a todos, y con el afán de conseguir que la insignificante minoría, la «pequeña grey» que va contra la casi totalidad de los obispos del mundo, se alie con los demás. Por eso, en su temperamento excesivamente vacilante y con el mayor cuidado de los matices, este Papa quiso en una ocasión que se presentase al Concilio un texto sobre la colegialidad de los obispos y la universalidad de su misión y responsabilidad, que pudiese satisfacer a todos sin resolver nada doctrinalmente. Pero se ha sabido que esa redacción no prosperó, porque un teólogo conservador en muchos aspectos, pero inteligente y sincero, se opuso a ella. Fue monseñor Parente, el asesor de Ottaviani, que en esto no estaba conforme con el cardenal del Santo Oficio. Parente se opuso al texto de compromiso porque creía que la cuestión estaba bien clara en la tradición católica y no podía negarse de ningún modo la colegialidad episcopal. Y ani-

EL CONCILIO

Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

mados por este obispo y teólogo de renombre, del cual no se podía dudar acerca de su ortodoxia, los demás miembros de la comisión retiraron la sugerencia del Papa y presentaron al Concilio un texto más exacto.

Lo mismo ha pasado ahora en el aula conciliar con el discutido esquema acerca de las misiones. Este esquema lo han considerado inaceptable los obispos por muchas razones, que han sido expresadas con toda claridad en las exposiciones que han hecho a esta Asamblea católica.

El cardenal Agagianian es uno de los principales fautores de este esquema. Es un oriental —de la misma región de Georgia en que nació Stalin—, pero que ha conservado muy poco del pensamiento y tradiciones de Oriente. Se formó en Roma y vivió influido por la Curia romana, celosa de sus privilegios, hoy considerados excesivos por los más obispos del mundo. Por eso carece de la sensibilidad necesaria para abordar un tema que necesita una profunda renovación en la Iglesia. Hasta ahora todo dependía en las misiones de los organismos administrativos del Vaticano. Es más: los orientales no podían actuar en misiones. Por un abuso del poder latino, sólo este rito religioso tenía posibilidades de extensión misionera; al cristianismo oriental, tan legítimo como el occidental, se le cerraban todas las posibles puertas de expansión: era, en la estructura canónica de la Iglesia actual, un cristianismo de segunda categoría. Tamaña desmesura, impropia de quienes profesaban el mismo Evangelio, tenía que ser barrida. Además, los misioneros todavía se presentaban a veces en los terrenos de misión como heraldos de Occidente. Un padre Ricci, S. J., hace siglos, o un padre Lebbe, en China, fueron incomprendidos y combatidos por querer hacerse «chinos con los chinos», como pedía San Pablo a todo apóstol allí donde fuere.

En una palabra, el texto parecía «un sistema eléctrico sin corriente o un conjunto de huesos secos y sin vida» (Mons. Rhamont). Era un esquema «inútil e inadaptado»; por lo cual, un obispo ha hecho esta grave afirmación: «Todos los miembros de la comisión conciliar (que ha preparado este trabajo) han querido hacer un verdadero esquema y no se les ha dejado hacerlo.»

Pero lo que los técnicos no se han atrevido a realizar, ahora quieren los obispos del mundo entero que se haga, sin tener en cuenta ningún deseo por alto que sea. Como, por ejemplo, el que expresó en el Concilio el Papa Pablo VI el día 7 de noviembre, cuando recomendó su aprobación. El día 9, de los diecisiete obispos que hablaron, dieciséis lo criticaron duramente, y, al final, de 1.914 Padres que votaron, 1.601 lo rechazaron.

Los Padres han seguido el camino de la libertad, porque «vale más obedecer a su conciencia que a su superior», como dijo Santo Tomás de Aquino.

I OS Padres Conciliares nos han dado, evidentemente, un ejemplo. Ejemplo que los católicos, los seculares, debemos seguir. No para ser rebeldes o demagogos, sino para saber ser hombres conscientes y «ufanos de su sana libertad y dignidad» (Pío XII).

En la Historia, muchos santos han dejado ejemplo de ello, y un próximo día me ocuparé de este delicado tema hablando de la autoridad y libertad que deben existir en la Iglesia.

esta es MIAMI!

Una
de las cinco
componentes de
la gran familia
de estufas **MILAR**



P. V. P.
1.925 Ptas.

**ES EL POPULAR MODELO, A PETROLEO,
IDEAL PARA EL HOGAR**

Sólida, portátil y de bella línea.
Fácil sistema de recarga, con depósito cambiante, en pleno funcionamiento.
Consumo: 1 litro cada cuatro o cinco horas de fuego.
Calor mantenido y amable: 2.500 cal. hora.

MILAR
INTERNACIONAL

CALOR DE HOGAR CON... MILAR